

Pánico infantil, pánico político *

Marcelo N. Viñar**

Quisiera, por el tema que convoca esta reunión, invocar a tres psicoanalistas muertos recientemente: a Marie Langer, que ustedes conocen y que vivió por dos veces el fascismo; a Bruno Bettelheim que luego de su coraje en el campo de concentración y con el autismo Infantil, llega a este final que tanto nos interroga y deja en suspenso la creencia de que alguien sea de un solo temple: cada materia humana tiene su grandeza y su fragilidad, su punto de fractura; a Octave Mannoni, una gratitud, en este caso más directa y encamada, por su inolvidable pasaje por la APU en el 72, con su humor y perspicacia, un demoledor de clichés, destructor de verdades fáciles, que a mí y (pienso que a todos), nos hizo mucho bien y sobre todo por la manera que, a nuestra llegada al exilio, acogió los primeros balbuceos y textos sobre la tortura. En este terreno de la violencia social que tanto divide a los analistas, unos considerándola pertinente e importante, otros panfletario y disolvente, con mis primeros textos Mannoni fue solícito, atento, estimulante y se ofreció personalmente para su corrección y publicación.

Los humanos estamos siempre en retardo frente al acontecimiento y *lo significamos a posteriori*. Me parece indiscutible que algo o mucho de este horror, atravese las sesiones analíticas en mayor o menor grado. Entonces, la pregunta que hoy quiero traer, que me gustaría transitar con la gente de la APU, es ¿cómo nos posicionamos ante esta realidad?

Es obvio que la pregunta tiene algo de imposible y las respuestas y soluciones son necesariamente precarias y balbuceantes. Pero *es en esta condición imposible de la*

* Exposición en la APU el 10 de abril de 1988.

** Joaquín Núñez 2946, Montevideo 11300

pregunta misma donde encuentro su pertinencia. ¿Cómo abordar los problemas que ese terror político le plantea a la práctica analítica y su teorización? Las dificultades del planteo, las distorsiones y falacias más frecuentes. Este es el problema que quisiera interrogar.

Un camino a excluir es el del análisis aplicado. *No hay teoría analítica aplicable o aplicada a los fenómenos políticos.* Las incursiones de Freud en el campo de la cultura, donde en Totem y Tabú, o en Psicología de las masas y análisis del yo; El porvenir de una ilusión, Malestar en la cultura, el Moisés, textos que en mi conocimiento *no han sido muy trabajados institucionalmente* en nuestro medio, son textos que revelan que el fundador no era ajeno, como a veces se pretende, a interrogar la interfase entre los hechos del campo analítico y los fenómenos sociales.

Otra referencia a Freud, más delicada, podría ser no ya *su producción teórica, sino su propia biografía.* En desorden, pensando la exclusión de este tema en una reflexión tan vasta y diversa, recordé su apego a Jung y su argumento de que el ario podría salvar el psicoanálisis en imputación de Yewish Science. Pero sobre todo asocié *el recuerdo infantil traumático, que él privilegia como pilar de condición de sujeto,* el mater nuda de la estación de Freiburg donde trabajó abundantemente y en detalle su connotación sexual, pero que no se detiene, y desconoce toda referencia, lo que es llamativo, a la zozobra del exilio, de la miseria social y de la catástrofe económica que es la angustia explícita de su núcleo familiar en ese momento. ¿Cómo entender esta omisión en alguien como Freud, cuyo hábito es discutir alternativas múltiples para luego postular sus propias tesis?

Otra breve referencia biográfica. En enero de 1938, vísperas de la Segunda Guerra Mundial, con la inminencia de la Invasión nazi a Austria, con su cáncer agravándose, Freud escribe a Mary Bonaparte “Sin duda esto parece el principio del fin para mí, *pero no tenemos otra alternativa que aguantar aquí, ¿o será posible salvarse buscando refugio en la Iglesia Católica?*” y al mismo tiempo. 1938, su texto inconcluso y genial, La escisión del yo, y el descubrimiento del mecanismo de la Spaltung. De él extraigo, sólo para poner pimienta en esta discusión y corriendo los riesgos de fraccionar un texto, lo siguiente: “He llegado a percatarme de que el yo de la persona que conocemos en análisis debe haberse conducido decenios atrás en forma harto extraña y notable frente a una situación crítica” (él está pensando en la amenaza de

castración) y dice “solución ingeniosa donde se conserva la satisfacción y se rinde pleitesía a la realidad amenazante.” (en lo explícito habla de la masturbación como placer y el miedo a ser devorado por el padre) “*Como bien se sabe. (dice Freud), lo único gratuito en la vida es la muerte, el éxito logrado al precio de una grieta en el yo, ya no habrá de curar nunca, se abrirá cada vez más con el correr del tiempo*”.

De los muchos modos posibles de abordar esta vasta interfase entre lo sociopolítico y el campo del psicoanálisis, yo voy a adoptar una perspectiva muy parcial y precisa: la de tomar como operador, o significativo, *el problema del terror o del horror, según qué se privilegia, el amenazante o el amenazado*.¹

Con ello me ahorro o postergo la discusión de los modelos formales posibles, Individuo-sociedad, infancia-actualidad y tomo como punto de partida un emergente de la clínica. Cuando hay tortura institucionalizada y desaparición: ¿qué suscita esto en la clínica? ¿Cómo se formulan los límites de realidad y fantasma, de reconocimiento y de negación? ¿Cuál es la realidad externa y qué es lo que se interioriza?

Adoptando la perspectiva de pensar desde la sesión, es decir, abordando el problema desde la clínica, se plantea el problema de discernir y hacer la distinción sobre la causa o la procedencia de la angustia. Cuándo emerge la angustia que viene de la violencia del fantasma del trauma y cuándo de la actualidad sociopolítica. Actualidad que comporta cárcel arbitraria, tortura y desaparición, es decir el terror del dislocamiento de la ley.

Me explico. En el tiempo mítico de la regresión analítica, estamos habituados a recibir, de modo recurrente, iterativo, la violencia de los orígenes que insiste de una o mil formas. Esto es el cogollo mismo de nuestra tarea, acoger y transitar estas ansiedades.

Cuando en el fantasma se introduce el acontecimiento traumático en sus múltiples

¹ La noción de pánico utilizada en el título de este texto es tomada de Psicología de las masas (Freud, 1919), donde la sagaz observación del autor, tratando de definir la naturaleza y el modo de funcionamiento del lazo social, puntualiza que una perspectiva privilegiada es la del momento de su disolución, que es donde y solo allí se hacen manifiestos fenómenos que de ordinario son mudos o silenciosos. Análogo enfoque es el de José Bleger en su definición del encuadre psicoanalítico, como meta-yo cuya ruptura propicia la irrupción de fenómenos psicóticos.

formas: accidente, muerte del prójimo, defecto físico propio o del familiar cercano, suicidio, adopción, violación, minoría étnica, etc.; frente a todos estos eventos traumáticos, nuestra teorización es más precaria, menos segura. Para los límites de la sesión, lo traumático y su incidencia en el proceso analítico el consenso entre analistas es menos seguro, por lo menos en la definición de su primacía relativa, de su modo de contribuir a la organización psicopatológica. Acontecimiento y estructura en la organización psíquica, son un tema, a mi entender, cuyo debate importa y es actual. Digo esto, porque si lo que funda el saber analítico es la sexualidad infantil, existe siempre el temor, la aprehensión de perder la especificidad del objeto.

Para los efectos de lo que hoy me interesa desarrollar, podemos convenir en un acuerdo mínimo: que el trauma y el fantasma, se tejen en la escena de la intimidad familiar, en ese ámbito que expresa tan bien el prefijo alemán, *heim*, lo familiar y ominoso, (Freud discute la vecindad de los antónimos, con fina semiología, en su texto clásico de lo siniestro.) Intimidad que despliega la filigrana de lo sagrado y lo secreto, lo privado, violento, sádico, vergonzoso, que se expresa como algo indecible o como marca de algo que no se puede decir sin rubor.

Al contrario, el terror político se juega y se desarrolla en el escándalo ruidoso de la escena pública, el tú y el yo de la sesión están desbordados, por anticipado, y este hecho, que a mi me parece capital, condiciona efectos y consecuencias que son a pensar. El modelo o esquema habitual es considerar esta emergencia como neurosis actual a poner en subordinación a la neurosis infantil, pilar o zócalo de la personalidad. Esta yeta no carece de interés, pero a mi entender pone lo accesorio como esencial, pone lo conocido en reemplazo de la interrogación de algo nuevo e inédito. Entiendo que poner en paralelo el terror político con la realidad del fantasma y su angustia es un enfoque erróneo que puede conducir al impasse. Proponemos, como alternativa, y este es un punto de acuerdo o divergencia que es a discutir, que la existencia de un terror, designable afuera, desborda los límites de la aporía trauma-fantasma y plantea otro ámbito que la alternativa entre realidad psíquica y acontecimiento. Postura, esta que estoy tratando de esbozar, que pone como centro o eje del trabajo elaborativo, la temática que Freud abre en *Psicología de las masas y análisis del yo*: las alternativas entre narcisismo y vínculo social. Aquello que en el sujeto toca la frontera entre destino individual y destino colectivo, o en otros términos, el individuo y su relación a las instituciones de su sociedad y cultura.

El terror político actúa sobre una subjetividad ya conformada, no infantil, pero hace resurgir las raíces de la socialización, allí, donde la omnipotencia del primer narciso quiere que el primer prójimo sea un otro excluido o muerto. Es algo de esta lógica arcaica que pone en acto el poder totalitario. Y mi premisa es que una vez instaurada esta lógica, ningún sujeto de la comunidad, puede sustraerse completamente. El primer narciso quiere que el primer prójimo sea un otro excluido o muerto. El desafío de elaboración es a partir de aquí diferente a la materia habitual del diálogo analítico. En primer lugar pienso que no es una abstracción, una entelequia, sino una realidad clínica, la dificultad en definir, en circunscribir, las fronteras entre reconocimiento y negación o evitación del pánico² político. En los meandros de la transferencia y la regresión transferencial, yo sé de personas que no pudieron huir del país por cuidar su análisis, y esto les costó años de cárcel. El ejemplo es grotesco, como tantas cosas de la dictadura, de las que debiéramos reírnos por su ridículo, si no nos frenara la atrocidad de sus efectos reales. Por consiguiente, el trabajo psicoanalítico de reconocimiento o desconocimiento, de evitación o negación; requería de nosotros, una larga y ardua elaboración, que no siempre culminaba en discriminaciones claras. Hubo sin embargo, otros casos en que el análisis posibilitó un examen de realidad que salvaguardó la libertad y la vida.

Trabajo laborioso de lucidez a realizar contra lo que Melanie Klein llamaría angustia esquizoide y que en lo que concierne a situaciones de catástrofe, natural y social, fue descrito por Lifton como numbing, por (omnibulación -**überwältigung**- del pensamiento), como consecuencia de las catástrofes colectivas. ¿Cómo podríamos definir los confines o límites de esta angustia esquizoide? ¿Qué se puede decir de análisis, de esos analizandos y analistas, donde la dictadura y su terror de cárcel y tortura no introduce ninguna variante visible y reconocible? Yo no sé la respuesta a esta pregunta y necesité la distancia para plantéarmela. Mejor dicho, no fue en nosotros que apareció la interrogante. Fueron algunos colegas franceses, y justamente aquellos que padecieron situaciones similares quienes insistieron obstinadamente en planteárnosla.

De lo que precede se deriva otro punto esencial, En el horror familiar, en el horror doméstico y familiar, el tablero está predefinido. Yo sé que la amenaza me está dirigida

² Pánico es entonces, como definimos en la llamada precedente, el efecto reconocido conscientemente o no, de la ruptura del contrato social que regula las normas de convivencia de modo tácito o explícito.

y yo no puedo eludirla. Este es un punto de partida de la elaboración. El terror político es más equívoco porque el universo de las víctimas jamás está definido por anticipado y con exactitud. Ustedes conocen el famoso poema de Brecht. Este hecho le da al impacto subjetivo de la amenaza un estatuto particular, el gesto inicial del poder totalitario es definir un enemigo, -tupamaro, judío, subversivo, palestino, armenio- Es el referente enemigo -político, religioso, racial- el que ordena los círculos del infierno y los repertorios de conductas de respuesta, pero en el camino, la amenaza se ensancha en mancha de aceite y en cualquier momento de la vida o la sesión surge esta pregunta: Esta amenaza horrible, ¿me concierne o no? ¿es a mi que está dirigida? Y el trabajo de reconocimiento o de negación que desata la pregunta, que es clara y concluible en el estado de derecho, jamás es evidente, ni clara, ni terminable, en la sociedad dictatorial.

La impostura de la ley nos arroja inermes al espacio de un conflicto inédito. Por un lado los valores éticos de continuidad personal e histórica. Por otro el mandato imperioso, a presión, de sobrevida, de sobrevida del cuerpo, del pensamiento, del proyecto. Cuando la impostura se viste de los oropeles de la ley, los gestos de sumisión y transgresión en la vida cotidiana toman un valor inédito, desconocido fuera del contexto del poder totalitario, donde coincidir o escapar tiene otras consecuencias y por lo tanto otro valor. El mandato del “no te metas”, con la ilusión de permanecer psíquica y materialmente indemne; es el ejemplo más notable. El mandato de que hay que seguir viviendo ante la apropiación de espacios por el poder político y que niegan o disuelven la coherencia ética. Lo que se discute en la escena pública como alternativas de cobardía y heroísmo, ¿cómo se procesa en la esfera psíquica? ¿Cómo se inscribe en la subjetividad el terror y su vergüenza? ¿Cómo se transmite lo no inscribible y traumático de esta experiencia, que es la experiencia que todos vivimos? Hay quienes piensan, y yo adhiero a esta postura, que en el universo totalitario, la pasión del individuo frente a la cultura y las instituciones, sacude, y a veces disloca, las posiciones subjetivas y altera las fronteras entre experiencia privada y experiencia pública. La violencia del poder, que impone sumisión, huida, indiferencia o rebelión, crean conflictos en áreas de la convivencia íntima, ordinaria, que en la vida democrática se pueden considerar ajenas o alejadas del ámbito político y que por un extraño camino, el saber sobre el poder tiránico, se hace en la sociedad totalitaria, un saber sobre los propios secretos. Y pasión política y tormento íntimo se pueden volver extrañamente próximos.

El tema que hoy intento tratar agudiza, sólo agudiza, un punto teórico sobre el que no reflexionamos con frecuencia en el trabajo analítico. ¿Qué relaciones y fronteras hay

entre el sujeto en análisis y el sujeto en sociedad? Punto tan fácil y obvio de formular, tan difícil desarrollar y donde la teorización, si bien existe, es precaria. Si bien es precaria existe. Por eso he vuelto al Freud de Psicología de las masas y análisis del yo, que es donde los fundamentos teóricos de esta alternativa están preciosamente desarrollados y es en general un texto en el cual los autores que tratan de psicoanálisis y sociedad parten.

Quiero decir esquemáticamente para terminar y que haya tiempo de discusión: en la experiencia analítica importa el sujeto en el relieve de su ser singular, en el espacio social y político al que todo ser humano pertenece, espacio social y político en sus formas institucionales y socializadas, el desafío a ese yo singular en su capacidad, el desafío a ese yo en su capacidad de entrar en resonancia con otros para pensar y actuar sin renunciar a si mismo. Sin desconocer la especificidad de nuestro quehacer, sus puntos de anclaje en la historia íntima de la sexualidad infantil y la novela familiar. La relación del sujeto a la cultura y las Instituciones puede ser parte del trabajo analítico, que sea en un estado democrático o en dictadura con tortura. Que sea la APU, la FEPAL, la Universidad o la violencia de los partidos de fútbol, no ‘podemos concebir la experiencia analítica en el encierro de una intimidad individual so pena de empobrecerla. Sin duda, anudar el registro social de la cultura con el campo de análisis, es una enorme tarea que apenas podemos balbucear y nuestros modelos conceptuales son precarios. J. L. Nancy y Laco.. La...³, en un texto que vale la pena conocer, postula que el psicoanálisis y la reflexión freudiana no se sitúan fuera de la cultura y sus instituciones. La doble vertiente de lo íntimo y lo social es intrínseca a la obra de Freud. La cultura no es su apéndice. Es una cuestión de límites, pero de límites que trazan la identidad de nuestra tarea. Frontera que dibuja una conjunción y una disyunción que es a explorar. La cultura y las instituciones no están fuera del psicoanálisis aunque éste no pueda abarcarlas y englobarlas. Son el **oximoron** de nuestra práctica y reflexión.

Los textos y estas reflexiones sólo son para introducir el debate, ya que compartir y descubrir experiencias es lo que importa esencialmente en esta reunión.

10 de ABRIL de 1988

³ Eugene Enriquez; De la ... à l'état. N.R.F. Gallimard, Paris, 1988